

Cocina fantasma - Parte I

Autor: Ross-Raisin

Ya dominaba esas calles. Conocía los atajos entre callejones y zonas de servicio; los lugares donde los vehículos invadirían los carriles bici; los semáforos que podía saltarse. También había logrado, por fin, domar la bicicleta —que había sido de Frank y que, a decir verdad, era una porquería—, y mientras pedaleaba ahora por Museum Street, pasando el teatro, el parque conmemorativo, el viejo que tocaba la flauta de un penique frente a la biblioteca, sabía reducir la marcha con suavidad, antes de que la bici olfateara la pendiente que se avecinaba, dejando que los cambios decidieran por sí mismos cuándo engranar.

En la cima de la colina —con su fugaz vista de campos amarillos más allá de la ciudad—, Sean aceleró hacia las afueras. Iba dos minutos atrasado. Se situó en el centro del carril y pedaleó con más fuerza, la energía nerviosa corriendo por sus venas, hasta que, al final de la calle, se vio obligado a detenerse. El tráfico de la hora punta avanzaba lentamente en el cruce frente a él. Esperó un minuto entero, observando la lenta procesión de conductores solitarios en sus coches, hasta que el semáforo se puso verde y pudo abrirse paso entre la congestión, saliendo al otro lado de la circunvalación.

Las carreteras eran de pronto más tranquilas aquí. Sean pedaleó rápido, sintiendo la nueva fuerza en sus piernas. La oscuridad se cernía, pero dejó las luces en el bolsillo de la chaqueta, sin querer detenerse a colocarlas y perder más tiempo, ni hacerse más visible. No había nadie alrededor. Ni figuras en las sombras de los edificios, ni policías, aunque permaneció alerta, escudriñando cada giro, cada entrada a calles cerradas. El dique estaba cerca. Podría haber mirado hacia el pasadizo donde se vislumbraba un tramo, pero resistió el impulso. Echó un vistazo al reloj de pulsera sujeto al manillar. Había recuperado casi un minuto. Aun así, mantuvo el ritmo, adentrándose en esa parte intacta de la ciudad donde vallas azules de púas bordeaban los traseros de naves industriales —un distribuidor eléctrico, un mayorista de carne, una empresa de destrucción de documentos— y enormes marañas de endrinos y zarzas crecían salvajes en los terrenos baldíos. Al girar hacia el último callejón, se volvió para mirar atrás. Nadie. Las persianas metálicas del almacén de liquidaciones estaban bajadas, y el único sonido era el chasquido de la rueda delantera al frenar, deslizándose junto al lateral del siguiente almacén, donde se bajó. Por mucho que lo hicieran esperar, había llegado exactamente a tiempo.

La puerta estaba abierta. Sean dejó la bici y se acercó. Tras las rejas de las dos ventanas estrechas y agrietadas del almacén, el vidrio estaba empañado de condensación. Dudó un instante, justo en la entrada, antes de entrar. Una calor espesa lo envolvió de inmediato. Podía ver hasta el fondo del pasillo central. Un enredo de cables colgaba desde lo alto, perdido en la bruma. Abajo, las manos y brazos de hombres, silenciosos como espectros, se movían en la niebla brillantemente iluminada de cada cubículo. Incluso ahora, un par de meses después de su primera visita, el olor lo asombraba. Era un olor salvaje. Pungente. Extraño. Aquella primera noche, había recorrido el pasillo mirando cada compartimento, hipnotizado por el hedor y las luces, los hombres con sus manos rápidas, trabajando en silencio dentro de sus pequeñas cavernas, hasta que un hombre apareció y le ordenó volver a la zona de recogida.

Un pedido esperaba en una de las estanterías, la bolsa de papel grapada y lista. Sean comparó el código de su móvil con el de la pantalla en la pared. Era suyo. Afuera, un coche se detenía, su motor apenas perceptible bajo el zumbido de los ventiladores. Se quitó la mochila y metió el pedido dentro —agachándose para aspirar su aroma entre los efluvios mezclados de hamburguesas, shawarma y comida vietnamita—. Se demoró unos segundos antes de cerrar la cremallera. Pescado con patatas. Un olor que le recordaba a la infancia, a Frank; que le recordaba también que no había comido antes de salir a trabajar.

Registró la recogida y estudió rápidamente la ruta que aparecía en su teléfono. Estaba a punto de marcharse cuando un movimiento en el cubículo 3 llamó su atención. Se acercó a la entrada del pasillo, desde donde podía espiar. Un hombre alto y corpulento, extranjero, al menos así le pareció a Sean entre la bruma, estaba apoyado contra una de las freidoras. Frente a él, un hombre más bajo, sus rostros cerca. El bajo rió, señalando el suelo —y el alto se agachó, desapareciendo de la vista de Sean, para luego erguirse de nuevo. Le tendió unas tenazas, que el otro tomó. Riendo de nuevo, y hablando con alguien fuera del campo visual de Sean, alzó las tenazas hacia el rostro del hombre alto y ajustó las pinzas alrededor de su cara, primero de mejilla a mejilla, luego desde la barbilla hasta la frente, como midiéndole la cabeza. Sean sintió el goteo familiar del miedo en su sangre. De pronto, el hombre bajo arrojó las tenazas al suelo, y el otro volvió a agacharse para recogerlas. Un sonido detrás de él —el hombre del coche entrando en el edificio—. Sean retrocedió, se colocó la mochila y salió.

Subió a la bici y se lanzó hacia la oscuridad creciente —las luces de seguridad, instaladas bajo el alambre de espino que serpenteaba por el techo del almacén, disparando sobre él, una tras otra, como haces de búsqueda. Bajo la ducha, dejó escapar un gemido largo de agotamiento. Sabía que debería masajearse las piernas, o al menos estirarlas, pero estaba demasiado cansado para molestarse. Y el dolor en sus muslos, en sus pantorrillas, se sentía bien, una especie de liberación; mientras el agua resbalaba por las formas musculares de sus piernas, casi parecía el cuerpo de otro.

Se secó con la toalla y salió del baño envuelto en ella, cruzando el pasillo hacia su habitación. Por un instante, el incidente en el almacén repitió en su mente, pero estaba demasiado cansado para pensar en eso, y además no tenía nada que ver con él. Le iba bien. Esto era lo que necesitaba ahora. Podía hacer tantos o tan pocos repartos como quisiera. No había nadie para decirle lo contrario; no había nadie para decirle absolutamente nada. Podía pasar días enteros sin tener que ver o hablar con nadie, más allá de una transacción fugaz en un umbral. Se había vuelto invisible. Recogió los vaqueros del suelo y sacó del bolsillo la sorprendente y patética propina de la noche, depositándola en el tupper sobre el alféizar. Luego se desplomó en la cama, desnudo y ya casi dormido.

En los bordes de la carretera se formaban largos charcos marrones. Lograba esquivarlos la mayoría de las veces, hasta que un taxista o un furgoneta, al acelerar, lo arrinconaba contra la acera. Llovía sin tregua desde media tarde. La piel le ardía bajo los vaqueros empapados, pero no le importaba; apenas reparaba en el aguacero mientras pedaleaba hacia cada recepción de oficina, cada piso de estudiantes, o esperaba bajo los vapores de los locales de comida rápida. La lluvia era buena. La lluvia significaba más pedidos, tarifas más altas, porque la mayoría de los repartidores rechazaban el trabajo. A veces, cuando veía a otro ciclista deslizarse por el lado opuesto de la calle, un collar de agua arqueándose tras su rueda trasera, se preguntaba qué necesidad tan fuerte los habría empujado a salir, a estar también ahí.

El timbre del piso era el primero de tres rótulos mugrientos y descascarillados en el interfono. La lluvia tamborileaba sobre su mochila mientras esperaba en la entrada. Pulsó de nuevo el botón. Cuando se abrió, un chico lo miró y soltó una risa.

—Eh, tío, ¡pareces un pez!

Sean sacó las pizzas de la bolsa y se las entregó.

—Gracias. —El chico alzó la pila de cajas hacia su rostro, revisando que no estuvieran húmedas—. Buen trabajo. —Dio media vuelta para entrar—. ¡Nos vemos! —Y cerró la puerta. Lo bueno de los estudiantes: no había ese incómodo momento de silencio cuando no dejaban propina. Permaneció un poco más en el umbral, la lluvia cosquilleándole la espalda. La risa del chico. Tendría al menos cinco años menos de los

que Frank tendría ahora, pero algo en sus ojos, en esa chispa de travesura. Una nueva solicitud de reparto vibró en su móvil. Protegió la pantalla de la lluvia con la mano y vio, bajo la notificación, un mensaje previo: "¿Qué tal, colega? Hace siglos que...". Lo deslizó para borrarlo y pulsó el nuevo pedido. 5,42 £. The Harbour Fisheries. Unidad 3. Aceptó y volvió a montar en la bici.

Cruzó la circunvalación hacia la zona industrial, donde el sonido metálico de la lluvia golpeando los techos de los almacenes lo rodeaba. Al llegar al pasaje que llevaba al dique, se detuvo, mirando hacia el muro sobre el agua. Luego se obligó a seguir avanzando.

Llegó al almacén con dos minutos de retraso, pero el pedido no estaba listo. Entró en el área de recogida y miró hacia el cubículo. Cuatro hombres trabajaban a toda velocidad frente a cuatro freidoras —sacudiendo cestas de patatas, levantando filetes dorados del aceite—, sus nuca brillantes de sudor. El hombre alto de la noche anterior metía una caja de comida en una bolsa de papel, la llevaba al pasillo de servicio, desaparecía un instante y reaparecía tras las estanterías de recogida. Cuando Sean se acercó a por el pedido, él ya volvía al cubículo.

—¿Quieres ganar algo más?

Un hombre con una barba húmeda y botas de goma blancas, como un auténtico pescador, había aparecido en la entrada del pasillo.

Sean se ajustó la mochila, colocando bien el pedido. —¿A qué te refieres?

—Dos de mis empleados me dejaron tirado esta semana, sin avisar, y hoy es el último viernes del mes —a tope—. Así que si quieres que este sea tu último reparto, el puesto es tuyo. —Observaba cómo Sean se colocaba la mochila—. Pagamos mejor que ellos.

Sean miró hacia donde había estado el hombre alto. Pensó en todas las horas que había pedaleado para conseguir este turno prioritario; pero una parte de él ya había decidido.

—Te compensaré. —El hombre miró el charco que se formaba alrededor de Sean—. Y aquí dentro no llueve.

Para cuando regresó, la lluvia había amainado. El hombre bajito de la noche anterior, que por su ropa Sean dedujo que era el encargado, fumaba fuera del edificio. Al entrar, miró hacia el cubículo de la Unidad 3: solo el hombre alto y otro trabajador permanecían frente a las freidoras. El de la barba se acercó por el pasillo de servicio, hacia el espacio tras las estanterías.

—Bien. —Levantó la tapa metálica del mostrador para dejar pasar a Sean—. Mehmet —dijo, golpeándose el pecho—. Sígueme.

Mehmet lo guió hasta una habitación sin ventanas, de bloques de hormigón, detrás de los cubículos. Torres de cajas de comida, con diferentes logos para cada unidad, se alineaban contra una pared. Al fondo, donde el espacio se extendía tras los otros cubículos, Sean distinguió una bolsa transparente repleta de panes de hamburguesa, hinchados y aplastados como rostros contra el plástico. Mehmet lo llamó hacia la esquina más oscura, lejos de la bombilla desnuda sobre la puerta.

—Toma. —Le tendió un delantal azul marino—. Te pondré al lado de Zac. Él te enseñará, pero puedes empezar solo con las patatas. Será fácil ahora. Sin lluvia, menos pedidos.

Dentro del cubículo, Mehmet habló brevemente con un joven de pelo rubio y tieso —Zac— mientras Sean

esperaba junto al almacén. El hombre alto estaba cerca, al otro extremo de la fila. Trabajaba con rapidez: extraía pescado de la freidora con una mano mientras con la otra servía puré de guisantes en un cuenco de papel.

Zac se volvió hacia él.

—Vale, pues. —Señaló la freidora junto a la suya—. Señor Patatas.

Le mostró la cantidad exacta de patatas que debía cargar en la pala, cómo colgar y desenganchar la cesta, cómo sumergirla sin salpicar aceite.

—Las patatas fritas van a esa bandeja. Mantenlas saliendo por ahora. Te avisaré cuando puedas aflojar.

—¿Cómo sé cuando están hechas?

—¿Has comido patatas alguna vez?

—Sí.

—Pues entonces lo sabrás.

Continúa en Parte II...

Fuente: Ghost Kitchen appears in the BBC National Short Story Award 2024 anthology (Comma Press, £8.99).

--Únete a la mejor plataforma literaria en español, FICTOGRAMA.COM, un universo de palabras y ficción--. -Texto escrito por Ross-Raisin